



negociar de que se preciaban como de un talento privativo de su nacion, se habian dejado esta vez embaucar por un príncipe ultramontano. Francisco habia echado sobre ellos todas las cargas de la guerra, y sacaba ventaja de sus esfuerzos para dar más peso á las proposiciones que reiteraba á menudo en la córte de Madrid, á fin de alcanzar la libertad de sus hijos. El papa y los venecianos se quejaron y se lo vituperaron: mas viendo que no podian moverle de su inaccion, su celo y ardor fueron á ménos por grados; y Clemente, que habia traspasado ya los términos de su circunspeccion ordinaria, no tardó en acusarse de imprudente, y en recaer en la irresolucion que le era natural.

Todos los movimientos del emperador, no dependiendo sino de sí solo, fueron por lo tanto mucho más prontos y mejor concertados. La medianía de sus rentas no le permitia proceder en sus operaciones de guerra con mucho más vigor y celeridad; pero lo suplicó con sus intrigas y negociaciones. La familia de los Colonnas, la más poderosa de todas las casas de Roma, habia seguido constantemente el partido de la faccion gibelina ó imperial, durante todas estas contiendas sangrientas de los papas con los emperadores, quienes llenaron la Alemania y la Italia de turbacion y de carnicería por muchos siglos.

Las causas que habian dado nacimiento á estas parcialidades mortíferas, no existian ya entónces, y la rabia que las habia animado estaba casi apagada; pero los Colonnas, no por eso conservaban ménos la misma adhesion á los intereses del emperador: además, poniéndose bajo de su proteccion, se aseguraban la posesion tranquila de sus tierras y privilegios. El cardenal Pompeo Colonna, hombre inquieto y ambicioso, á la sazón cabeza de su familia, era desde largo tiempo el enemigo jurado de Clemente. Aspiraba á la tiara y se habia prometido en el último cónclave que su estrecha conexion con el emperador le aseguraria la preferencia sobre Clemente: cuando se vió burlado en sus esperanzas, atribuyó este mal éxito á las intrigas de su rival. Esta era una especie de injuria que jamás podia perdonar un ambi-

cioso: habia disimulado, sin embargo, su resentimiento hasta dar su voto para la eleccion de Clemente y aceptar empleos en su córte; mas no estaba por eso ménos impaciente de encontrar la ocasion de vengarse. No le costó á D. Hugo de Moncada, embajador del emperador en Roma, que conocia el modo de pensar de Colonna, persuadirle á aprovecharse de la ausencia de las tropas del papa, empleadas entónces en Lombardia, tentado una empresa que, satisfaciendo su venganza personal, sirviera esencialmente á los intereses del emperador. No obstante, el papa, á quien su timidez natural hacia perspicaz, velaba de cerca sobre todos los pasos de sus enemigos; habia discernido sus designios bastante de antemano, para tener tiempo de llamar un cuerpo de tropas suficiente, y proporcionarse los medios de desbaratar todas las artes de Colonna: mas Moncada supo tan bien entretenerle con sus negociaciones, promesas y confianzas falsas, que adormeció todas sus sospechas y le quitó la idea de tomar las precauciones necesarias para su seguridad. Para eterna vergüenza de un papa de poder y nombradía política, Colonna se apoderó al frente de 3.000 hombres de una de las puertas de Roma en el momento mismo en que Clemente vivia en la mayor seguridad, y se creia en estado de resistir á tan débil enemigo. Los romanos, que no tenian ningun insulto que recelar de las tropas de Colonna, los dejaron entrar sin estorbo: dispersaron al momento á las guardias del papa, y Clemente, asustado del riesgo que le amenazaba, corrido de su credulidad y casi abandonado de todo el mundo, se huyó con precipitacion al castillo de San Angelo, que fué embestido al instante. El palacio del Vaticano, la iglesia de San Pedro, las casas de los ministros y de los familiares del papa, fueron entregadas sin contemplacion al pillaje: lo demas de la ciudad no sufrió ningun detrimento. Clemente, privado de todo lo que necesitaba para defenderse, aun para alimentarse, se vió á poco tiempo forzado á pedir capitulacion; y Moncada, introducido en el castillo, le impuso con toda la altivez de un conquistador las condiciones que no estaba en su mano rehusar. El principal artículo fué



que Clemente no se limitaria á perdonar á los Colonnas, sino que los admitiria en su gracia, y que retiraria sin demora del ejército de los confederados todas las tropas que estaban á su sueldo.

Los Colonnas, que hablaban nada ménos que de deponer á Clemente y ensalzar en su puesto sobre la cátedra de San Pedro á Pompeyo su pariente, clamaron hasta el cielo contra un tratado que los dejaba á la merced de un pontífice justamente irritado contra ellos; mas Moncada, que se ocupaba únicamente en los intereses de su amo, hizo poco aprecio de sus quejas, contento con haber desunido del todo las fuerzas de los confederados por esta feliz operacion.

Al mismo tiempo que el ejército aliado se debilitaba por una disminucion tan considerable, los imperiales recibieron dos refuerzos: el uno, compuesto de 6.000 hombres, venia de España bajo de la conducta de Lannoy y de Alarcon; el otro habia sido levantado en el imperio por Jorge Frondsperg, caballero alemán que, despues de haber servido con mucha reputacion en las guerras de Italia, gozaba tanto favor y crédito entre sus compatriotas, que venian en tropel á alistarse bajo de sus banderas, buscando la ocasion de sentar plaza en alguna expedicion militar, é impacientes entónces de libertarse del yugo del despotismo civil y religioso: tomaron partido hasta 14.000 al servicio de Frondsperg, sin otra gratificacion que un escudo por cada soldado. El archiduque Fernando agregó todavia 2.000 caballos reclutados en Austria. No faltaban al emperador tropas; mas no podia encontrar los caudales necesarios para su manutencion. Sus rentas ordinarias estaban exhaustas: el crédito de los príncipes no era muy extendido en la infancia del comercio; y las Córtes de Castilla, á pesar de todos los artificios á que se recurrió para ganarlas, á pesar de algunas variaciones que se introdujeron en su constitucion para asegurarse de sus votos, rehusaron constantemente conceder á Carlos ningun subsidio extraordinario; de suerte que cuanto más se engruesaba el ejército, más los generales veian aumentar su embarazo. Borbon, en particular, se halló en tan

crítica situacion, que necesitó de todo su aliento para salir de ella. Se debian cantidades inmensas á las tropas españolas, que estaban ya en el Milanés cuando Frondsperg llegó á allá con 6.000 alemanes hambrientos y faltos de todo. Los primeros pedian lo que les debia; los segundos la paga que se les habia prometido á su entrada en el Milanés, y unos y otros hablaban con mucha altivez. Borbon, imposibilitado de satisfacerlos en esta extremidad, se vió forzado á cometer violencias que repugnaban á su índole, suave y humana por naturaleza. Mandó arrestar á los principales ciudadanos milaneses, y los arrancó una gruesa cantidad á fuerza de amenazas y aun de tormentos; despojó á las iglesias de toda su plata labrada y de todos sus ornamentos. El producto de estas violencias no alcanzaba aún á completar la suma que necesitaba; pero distribuyendo á los soldados lo que tenia, supo tan bien suavizarlos con sus caricias y testimonios de interés, que apaciguó por entónces todas las quejas, aunque estuviese bien distante de haber pagado todo lo que les debia.

Borbon, obligado á buscar otros arbitrios para proporcionarse dinero, concedió por 20.000 ducados la vida y libertad á Moron, que estaba preso desde el descubrimiento de su conspiracion, y que habia sido condenado á muerte por los jueces españoles nombrados para procesarle.

Tal era el entendimiento y maña de este hombre y el ascendiente extraordinario que tenia sobre el corazón de todos cuantos trataba, que pasó en pocos dias, de prisionero que era, al más íntimo confidente de Borbon, que le consultó sobre todos los negocios importantes. Sus insinuaciones fueron ciertamente las que hicieron brotar en el alma del condestable la sospecha de que el emperador jamás habia tenido designio de darle la investidura del ducado de Milán, y de que Leyva y demas generales españoles eran ménos unos adjuntos destinados á ayudarle de buena fe en la ejecucion de sus proyectos, que unos espías apostados para velar sobre su conducta. Como conservaba á la edad de ochenta años toda la audacia de la juventud, se puede tambien atribuirle la idea



del proyecto animoso é inesperado que Borbon osó intentar algun tiempo despues.

Las peticiones y necesidades de las tropas del Milanés llegaron á urgir tanto, que fué necesario pensar en encontrar algun expediente para satisfacerlas. Los atrasos de sus sueldos se acumulaban diariamente; el emperador no enviaba ninguna remesa de dinero á sus generales, y todo el rigor de las exacciones militares no podia ya sacar nada de un país enteramente arruinado y aniquilado. En este conflicto, no habia más que dos caminos que tomar: ó licenciar al ejército, ó llevarlo á país enemigo para que subsistiera. El territorio de los venecianos era el más cercano; mas habian sabido con su prevision ordinaria ponerlo al abrigo de todo insulto. Por lo tanto, era preciso invadir los Estados de la Iglesia ó los de Florencia, y Clemente habia merecido por sus últimas acciones que el emperador se vengara de él severamente. No bien habian vuelto á Roma las tropas del papa despues de la sublevacion de los Colonnas, cuando, sin miramiento al tratado concluido con Moncada, degradó al cardenal, excomulgó á los demas de esta familia, se apoderó de todas las plazas fuertes que poseia y mandó talar sus tierras con todo el furor que puede inspirar el encono de una injuria reciente; convirtió despues sus armas contra Nápoles, y como estaba auxiliado por la escuadra francesa, adelantó algo en la conquista de este reino, con tanta más facilidad quanto el virey, igualmente que los demas generales del emperador, carecia de dinero de que habria necesitado para una vigorosa resistencia.

Esta conducta del papa justificó en apariencia las medidas que la necesidad hizo tomar á Borbon; las circunstancias no favorables en que emprendió realizar su proyecto, son una prueba incontestable, ya de la desesperacion á que estaba reducido, ya de la superioridad de los talentos con que sobrepujó tantos obstáculos. Despues de haber confiado el gobierno de Milán á Leyva, á quien no sentia dejar á sus espaldas, se puso en marcha en el corazon del invierno á la cabeza de un ejército de veinticinco mil hombres, de naciones, de costumbres y de lenguas diferentes, sin dinero, sin

almacenes, sin artillería, sin bagajes, en fin, sin ninguna de las cosas necesarias al más pequeño destacamento, y por consiguiente, esenciales para mover y aun subsistir un gran ejército. Tenía que atravesar un país cortado de rios y de montañas, cuyos caminos eran intransitables; y para colmo de todas estas dificultades, veía al ejército enemigo, superior en número, á tiro de espiar todos sus movimientos y de aprovechar todas las ventajas que se presentáran. Por buena suerte, sus tropas, cansadas de sus padecimientos presentes, no buscaban sino el término; animadas además por la esperanza de un botin inmenso, sin parar la atencion siquiera en el triste estado en que emprendian una marcha tan penosa, siguieron á su jefe con alegría. Su primer blanco era señorearse de Plasencia y conceder á sus soldados el pillaje de esta ciudad; mas la vigilancia de los generales de los aliados malogró este proyecto. Borbon no salió más felizmente con el designio de apoderarse de Bolonia; encontró á esta ciudad provista á tiempo de una guarnicion bastante fuerte para ponerla á cubierto de los insultos de un ejército que carecia de municiones y de artillería. El mal éxito de estas dos tentativas, no permitiéndole esperar conquistar ninguna poblacion importante, se vió forzado á pasar adelante; mas habia ya dos meses que iba de camino; sus tropas habian sufrido todos los males que una larga marcha y el rigor extraordinario de la estacion multiplicaban á cada paso de un ejército que se encontraba destituido de todo en país enemigo. Las magníficas promesas que los habian deslumbrado al principio, no habiendo tenido ningun efecto, no veian ya esperanza de alivio próximo; impacientadas, comenzaron á murmurar, y pasaron bien pronto á una sedicion declarada. Algunos oficiales, que tuvieron la temeridad de querer reprimirlos, fueron víctimas de su furia. Borbon mismo no se atrevió á exponerse á los primeros rebatos de su rabia, y se vió precisado á huirse secretamente de sus cuarteles. Mas su furor se calmó poco á poco, despues de estos primeros enajenamientos. Borbon, que poseia en el supremo grado el arte de manejar los corazones de los soldados, se



aprovechó para renovarles sus promesas con un tono de confianza más firme aún que antes, y les aseguró que verian bien pronto su cumplimiento. Procuraba alentarlos á soportar sus trabajos con más paciencia, participándolos él mismo; no miraba por sí más que el último soldado de infantería, caminaba con ellos á pié, unia su voz á las canciones que componian, y en las que mezclaban algunas zumbas militares sobre su pobreza en medio de los elogios que daban á su valor. Por donde pasaban les permitia pillar á discrecion las aldeas vecinas, como para comenzar á cumplirles las promesas que les habia hecho; ganados con estas diestras complacencias, olvidaron del todo sus padecimientos y quejas, y continuaron en seguirle con la ciega confianza que acostumbraban mostrarle.

Sin embargo, Borbon encubria cautelosamente sus intenciones. Roma y Florencia, no sabiendo hácia qué lado iba á caer la tempestad, se hallaban en la más inquieta incertidumbre. Clemente, que se interesaba en la seguridad de las dos ciudades, estaba más irresoluto que nunca; y cuando la proximidad rápida del peligro exigia las disposiciones más prontas y decisivas, perdía el tiempo en deliberar sin concluir nada, ó en tomar un dia resoluciones que su espíritu inquieto, más sagaz en descubrir las dificultades que en encontrar su remedio, abandonaba al dia siguiente sin poder fijarse en ningun otro partido. Ahora se resolvía á unirse más estrechamente que nunca á sus aliados y llevar adelante la guerra con vigor; ahora era de dictámen de terminar amistosamente todas las diferencias, concluyendo un tratado con Lannoy, quien conociendo la pasion del papa á las negociaciones, le hacia cada dia con este intento nuevas proposiciones. Al fin, su timidez venció y le determinó á ajustar con Lannoy un convenio, cuyos principales artículos eran que habria un armisticio de ocho meses entre las tropas del papa y las del emperador; que Clemente desembolsaria una suma de 60.000 escudos para pagar las tropas imperiales; que los Colonnas serian absueltos de las censuras eclesiásticas y repuestos en posesion de sus tierras y dignidades; que el virey

iria á Roma é impediria á Borbon aproximarse más á esta ciudad y á la de Florencia. Aunque este tratado no dejara ya á Clemente ninguna esperanza de ser socorrido por sus aliados, y no le diera sin embargo ningun garante sólido de seguridad, se creyó por este medio libre repentinamente de todos los ahogos que le asustaban; y en el exceso de su confianza licenció á todas sus tropas, salvo las necesarias para guardia de su persona. Giucciardini, que se encontraba á la sazón en medio del ejército de los aliados en calidad de comisario general del papa, y que este puesto, igualmente que sus singulares talentos, le ponian á tiro de ver toda la ilusion de las esperanzas con que Clemente se dejaba engañar, no podia concebir esta prodigiosa confianza de un papa que se habia mostrado excesivamente tímido y suspicaz en cualquiera otra ocasion: no podia explicar esta conducta sino achacándola á un espíritu de ceguedad de que son tocados aquellos que el cielo ha condenado á una ruina inevitable.

Parece que la intencion de Lannoy era ejecutar de buena fe el tratado que acababa de ajustar; habiendo conseguido desmembrar de la liga á Clemente, habria querido que Borbon volviese sus armas contra los venecianos, que eran los que habian manifestado mayor vigor de todas las potencias en guerra con el emperador. Con esta mira despachó un correo á Borbon, informándole de la suspension de armas que acababa de pactar con el papa en nombre de su comun amo. Borbon tenía otros proyectos y estaba demasiado adelantado en su empresa para abandonarla. Habria arriesgado hablar de retirada á sus soldados; además se alegraba mucho de mortificar á un hombre á quien tenía tantas razones de aborrecer; y como su mando no dependia en nada de Lannoy, no hizo caso alguno de su oficio y continuó talando los estados eclesiásticos y avanzando hácia Florencia. Su aproximacion hizo renacer todo el terror é inquietud de Clemente, que recurrió á Lannoy, suplicándole que detuviera la marcha de Borbon. En consecuencia, Lannoy partió para trasladarse al ejército, pero no osó acercarse.

Desde el punto en que los soldados de Bor-